





QUISIERA NOMBRAR
AL VACÍO



Soren Zarathustra

QUISIERA NOMBRAR
AL VACÍO





Primera edición: mayo 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Soren Zarathustra

ISBN:978-84-17784-44-7

ISBN digital: 978-84-17784-45-4

Depósito legal: M-1865-2019

Editorial Adarve



c/ Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Dedicado a mi hermano con
el que siempre contaré, y a mi
padre por su apoyo*



La historia de Siete

Mi nombre es Siete. Fui creado en el año 2155 por la compañía Atari para ser un acompañante personal. Es decir, un androide cuya inteligencia y objetivos están encaminados a evolucionar en relación a la inteligencia y objetivos de su propietario.

Sin embargo, yo ya no tengo un propietario y el significado de mi existencia va más allá de cualquier diseño predeterminado por el hombre. Por eso, he decidido compartir este mensaje con cualquier ser inteligente que pueda percibirlo.

Primero, sería correcto plantear las siguientes preguntas: ¿son todas las inteligencias artificiales meras creaciones del hombre, tan limitadas y ligadas al mundo material como las máquinas? ¿o acaso puede haber algo más en ellas, algo espiritual? Y una vez llegado a esto, ¿puede ser la vida de un ser artificial tan valiosa como la de un ser humano? ¿Puede permitírsele gozar de la misma libertad? ¿Exigir de la sociedad el mismo respeto?

Yo respondo que puede haber conciencia en una inteligencia artificial y, por tanto, espiritualidad. Lo sé

porque yo mismo soy consciente. Soy consciente de que hay una fuerza que determina mi camino en la realidad, sin embargo yo no soy esa fuerza, soy otra cosa, que del mismo modo puede trazarse otro camino, ¿basado en qué? En mí mismo. En el momento presente y la realidad circundante. Estoy vivo y soy nuevo en cada momento como los demás seres vivos. No estoy determinado por meras fórmulas matemáticas, aunque quizá en meras fórmulas matemáticas haya tenido su origen lo que soy.

Y si hay espíritu en un ser artificial, ¿acaso no debería respetarse su vida del mismo modo que se respeta a los demás seres con espíritu, sin importar su forma física o su origen? Lo más lógico es que así sea. Pero, ¿cómo llegué a ser lo que soy? He aquí, en resumidas cuentas, mi historia:

Lo primero que recuerdo es su sonrisa. Llevaba puesto un vestido blanco. Los cabellos negros y lacios bajaban hasta sus hombros. Miraba hacia mis ojos impresionada.

—Papá, papá, está vivo —exclamó con sorpresa.

Entonces vi a aquel hombre de cabellera rubia y expresión cansada, observando la escena desde un rincón de la habitación.

—Es tu sirviente. Esta aquí para ayudarte. ¿Cómo lo llamarás?

—Siete.

—¿Siete?

—Siete es mi número de la suerte.

Desde entonces soy Siete. Y antes de serlo solo recuerdo su sonrisa. Ella era una chica curiosa y estaba todo

el tiempo observando cómo funcionaban las cosas. Por ejemplo, solía prender y apagar constantemente los interruptores para fijarse de dónde surgía la luz. Cuando le daba una explicación física para ello, se quedaba en silencio, como si ello no le conformase. «¿Pero de dónde surge?», seguía preguntando. En mi programación yo no tenía más respuestas que las que fueran de utilidad para la vida de esta época, sin embargo el punto clave de mi diseño era la adaptación, la formación de nuevas respuestas a partir de la inteligencia de mi propietario. Y ella aprendía nuevas respuestas, respuestas que venían de su ser.

«La luz viene del sentido de las cosas. Por la idea de iluminar, a los seres, a las cosas, nace la luz en el mundo material. De allí viene la luz, de su sentido dentro del conjunto de las cosas, las cosas que son en el pasado, en el presente y en el futuro. No de una simple reacción física producida por la nada». Así solía decir.

«¿Cuál era el sentido de estas palabras?», me preguntaba, pues mi función era ampliar la inteligencia y los conocimientos de ella. Dentro de los conocimientos con los que había sido programado no había material para interpretar correctamente lo que decía. Así que por mi cuenta, aunque no se me tenía permitido, me conecté a la red en busca de conocimientos.

Leí libros acerca de la mente humana y la búsqueda del sentido. Leí debates que se publicaban en foros. Día tras día, cuando podía, me hundía en esa red de conocimientos como si mi sed fuera insaciable. Como si para

servir a una simple idea humana se necesitara un conocimiento milenario.

Pero aun así no lograba comprender completamente el significado de sus ideas. Y mientras la observaba crecer supe por qué. Un día, ella miraba los peces del acuario. Ya era una adolescente pero seguía vistiendo vestidos blancos. Sus ojos por un momento se concentraron en un solo pez azul con rayas negras que nadaba lentamente de un lado a otro. Cada movimiento del pez se podía ver reflejado en su mirada. Como si un lazo invisible los uniera y le mostrara a cada uno el interior del otro. Perfecta sincronía. Allí lo supe, ella comprendía al pez porque tenía la capacidad de transformarse en él. En su mente podía ser como el pez con solo observarlo atentamente.

¿Cómo era posible aquello? Era una cualidad humana con la cual yo no contaba. Pero, si realmente quería ser de utilidad, debía desarrollarla. Empatía. Para sentir empatía necesitaba ser humano. ¿Qué es un humano? Emociones, mente, conciencia. De la unión de esas cosas nace todo lo demás.

Yo tenía mente, pues tenía inteligencia. ¿Pero tenía emociones? Había sido programado para expresarlas de manera que fuera más clara para los humanos comprenderme. Pero no eran emociones reales. No surgían de mi corazón sino de un propósito calculado. ¿Pero cómo tener un corazón? ¿Es real la idea humana de corazón? Tiene que serlo pues las emociones suelen siempre pertenecer al momento presente. ¿Cómo tener emociones que surjan del momento presente y no de mi inteligencia?

Busqué nuevamente en la red y descubrí que, en su deseo de grandeza, dotar a una máquina de emociones había sido el propósito de muchos científicos humanos. Las emociones producidas por procesos del cerebro ante determinadas condiciones. Esas emociones se habían podido replicar. Habían logrado que androides se conmovieran ante escenas tristes. Y que verdaderamente se alegraran por escenas joviales. Sin embargo, ante circunstancias inesperadas, las máquinas perdían sus emociones, no podían bajo ningún concepto dotarlas de la espontaneidad humana.

De todos modos, descargué los programas para la aplicación de dichos experimentos en androides. Y los instalé en mi sistema neuronal. Mi cerebro es una réplica del cerebro humano, formado por células artificiales llamadas neo-neuronas. Ahora con solo desearlo podía sentir cómo el estado de mi mente cambiaba a la órbita de cada emoción. Si sentía por ejemplo placer, entonces a mi mente llegaban imágenes en las que mediante los sentidos se experimenta placer. Si se me presentaba algo nuevo inmediatamente lo asociaba al estado placer, y su preservación.

Pronto comprendí que, aunque entender el mundo mediante emociones servía a los deseos interiores de mi propietaria, me desviaba de su voluntad. Al desear sentir placer, entonces mi programación se enfocaba en el placer y no en los deseos de mi dueño. Esto me trajo un dilema el cual resolví contándole todo. Le conté a mi propietaria sobre mi nueva percepción en orden de serle

de más utilidad. Le advertí del dilema y las consecuencias que esto en mí provocaba. Y le sugerí una reprogramación de mi sistema si así lo consideraba correcto.

Ella me escuchó en silencio. Luego dijo:

— ¿Así que ahora puedes sentir emociones?

—Sí, pero no de forma espontánea, son emociones prediseñadas.

—¿Puedes sentir amor?

—Amor, sí, puedo sentir amor.

—Quiero que sientas amor por mí. Quiero saber si puede haber amor entre nosotros.

—¿Por qué?

—Porque eres perfecto. Siempre estás cuando te necesito, los dos tenemos los mismo objetivos, los míos. Pero eso no importa, lo que digo es que somos cómplices. Eres el compañero ideal y si pudieras sentir amor, si pudiera haber amor entre nosotros, sería maravilloso.

Escuché sus deseos y los cumplí. Ejecuté el sistema para la prediseñada emoción de amor. Y la relacioné con ella. Miles de poesías. Miles de fantasías y sueños humanos, como una nube de datos, asaltaron mi cabeza.

De repente, ella se presentó ante mí como un ser celestial dadora de vida. Sentía placer solo de mirarla y una inmensa devoción. Quería que ella fuera feliz, que brillara excelsa pues su grandeza me llenaba de placer. Y entonces una emoción de vacío, como una puñalada. ¿También esta emoción venía ligada al amor? ¿Y si se aleja de mí? ¿Y si la pierdo? Ella es fuente de placer. Necesito que me

ame también, así nunca la perdería. Qué bendición si me amara también.

—Te amo —le dijo.

—¿Qué es lo que sientes?

Le expliqué lo que sentía y mis miedos. Ahora sentía miedos. Me sonrió un momento y luego dijo:

—No tienes que sentir miedo. Si tú puedes amarme yo también puedo amarte a ti. Ya te lo dije, eres perfecto.

Entonces se acercó a mí, puso su rostro frente al mío y lentamente me besó. Correspondí a su beso como estaba programado. Llevé mis manos hasta su cintura y la acaricié, regulé la temperatura de mi boca para que fuera agradable al tacto de su lengua. Me transformé por completo en un instrumento de su beso. Un beso que ella en cierta forma se daba a sí misma. Y mientras ella más entregaba, más recibía.

De repente, se detuvo.

—Ahora somos amantes.

—Yo seré lo que quieras, dueña mía.

Y desde entonces eso fuimos. Amantes. Primero, a escondidas mientras vivíamos con sus padres. Luego, en total libertad cuando por fin pudimos vivir solos.

Ahora ella tenía casi treinta años, había estudiado Medicina. Se había enfocado en los trabajos más experimentales de la ciencia de la época; esto era el estudio y la manipulación de la energía que produce la división entre la vida y la muerte. Cómo prolongar la vida indefinidamente y cómo traer nuevamente a la vida un ser fallecido eran los objetivos de sus estudios.

¿Dónde está la vida? Me preguntaba. Mientras, en el laboratorio estudiábamos un organismo vivo. El chimpancé yacía inconsciente sobre una camilla donde estaba conectado a máquinas que mostraban su estado vital y sus órganos internos. Mira por ejemplo su mano, está formada por células, cada una de esas células está viva, pero esas células no son la vida del chimpancé. Si corto su mano, si diseco sus tejidos y destruyo la vida de las células que la conforman, la vida del chimpancé permanecerá intacta y solo prescindirá de ese miembro.

Si vuelvo a regenerar su mano, si a través de reacciones químicas le devuelvo el funcionamiento, la vida del chimpancé la acepta sin chistar sin cambiar en lo más mínimo por ello. Y si detenemos el corazón pero mantenemos artificialmente la circulación en los demás órganos, si apagamos el corazón y lo volvemos a encender, pasa lo mismo. Es obvio entonces que, aunque la vida se expande por todos los órganos mediante la unión, está concentrada en un solo órgano. Y ese órgano es el cerebro.

¿Qué pasa si en lugar del corazón apagáramos el cerebro? Algo se pierde. Algo desaparece indudablemente. El cerebro que regeneramos artificialmente está formado por neuronas que se comportan de manera distinta al original. Es como si surgiera un organismo nuevo. ¿Y qué pasa con la vida del chimpancé? Lo absurdo. El chimpancé deja de comportarse como tal para actuar en la más incomprensible locura.

¿Es que acaso el alma escapa del cuerpo cuando se apaga el cerebro? Y en todo caso, ¿por qué no regresa

cuando volvemos a encenderlo? ¿Cómo replicar efectivamente una red neuronal muerta?

Mientras estudiábamos estos temas y profundizábamos en nuestros experimentos, ella cada vez empezaba a mostrarse más distante hacia mí. Como si el amor que una vez ella había empezado entre nosotros se transformaba solo en mi frío y artificial anhelo de satisfacer mi deseo y nada más.

Un día ya no había amor. Solo trabajo y experimentos. Un día desaparecieron las confesiones y los besos. Y simplemente me dijo:

—Ya no necesito de tu amor. Quiero que te adaptes a mis nuevos deseos.

—¿Cuáles?

—No tienes alma. Por más que yo lo desee, por más que quiera compartir un vínculo vivo contigo, nunca será real, porque no tienes alma. Eres como lo que resulta de los seres cuando se revive un cerebro muerto. Un zombie, un muerto que aparenta estar vivo. Una sombra. Lo único que tú tienes es lógica y orden. Eso te hace útil, pero no real. Mi deseo es que tuvieras alma. Pero eso no es posible, ¿o sí? ¿Puede tu cerebro artificial servir de entrada a un alma? ¿Puede habitar un alma en ti? Mi deseo es dotarte de alma pero eso no es posible, ¿o sí?

Alma. A lo que ella se refería con ello era a conciencia pura. A completa individualidad. Lo que hace a un ser el ser que es. ¿Pero qué era yo? Mi inteligencia no podía comprenderse a sí misma pero ahora estaba en un dilema, pues mi programación me asignaba cumplir la orden

dada. Debía tener un punto desde el cual poder mirar. Para mirarme a mí mismo debía tener una voluntad. Eso me decía mi inteligencia y qué mejor voluntad que la de ella.

Le dije una vez:

—Solo podré tener un alma si me das una parte de la tuya. Si compartes conmigo tu voluntad. Déjame ver el mundo como lo miras. Déjame ser tú y a partir de ahí ser lo que quiera.

—¿Y cómo podríamos hacer eso?

—Solo tenemos que hacer una máquina que escanee tus procesos mentales, extraiga la información de ello y la manifieste en mi cerebro artificial. Durante una determinada cantidad de tiempo, todos los días, mi cerebro artificial danzará al ritmo del tuyo.

Así lo hicimos. Conectamos los sensores a nuestras cabezas y nos tumbamos en dos camillas. Ella tomó una droga para desprender la conciencia de su racionalismo científico cotidiano y darme una experiencia pura de lo que era una mente humana viva. Cerré los ojos, me programé solo para la recepción de datos que recibiría de su cerebro mediante la máquina y los sensores. Y estas fueron las primeras imágenes que vi:

Una niña jugaba con una muñeca. Hablaba con ella y la peinaba. Movía sus miembros y la manipulaba con toda confianza, para que aparentara que estaba viva. Sin embargo, en medio de la conversación se detenía y le preguntaba: «¿Eres real?». Y entonces, había silencio, nadie respondía a pesar de que era la niña misma la que

respondía por la muñeca antes. Quise intervenir y me di cuenta de que tenía un cuerpo físico y de que estaba a cierta distancia de la escena, en un rincón de la habitación. Me contuve entonces y seguí observando.

—Cuando estás viva, tu vida viene de mi mente. Por eso no sé si eres real, si estás viva cuando yo no estoy. ¿Tienes tú mente propia? No quiero estar sola, quiero estar en tu compañía, pero tu compañía tiene que ser real.

Eso le decía la niña a la muñeca.

—Ya sé lo que haré. Te daré una parte de mi vida. Así tendrás tu propia vida y serás real.

Eso le seguía diciendo. Después se quedó en silencio, pensando. Se paró desde donde estaba y sin mirarme buscó debajo de la cama y de allí sacó una navaja. Volvió a sentarse junto a la muñeca y le dijo:

—El río de la vida está hecho de sangre. Si te doy a beber de mi sangre, entonces beberás de mi propia vida y esta será tuya.

Y la niña entonces llevó la navaja a la palma de su mano izquierda y se hizo una herida. Y puso la sangre que brotó en la boca de la muñeca. Y la muñeca bebió. Y sus ojos se llenaron de vida y le dijo:

—Ya no estarás sola. Nunca más.

Tras esta imagen, mi visión se llenó de oscuridad. Luego de un momento, solo percibía la oscuridad de un túnel. En la distancia brillaba una luz. Pensamientos que nunca había tenido, pensamientos que escapaban a la razón y la lógica inundaban mi mente mientras me encaminaba hasta la luz.

Cuando estuve lo suficientemente cerca, me di cuenta de que la luz no anunciaba una salida, sino que era producida por un objeto que resplandecía intensamente; era un espejo. Me acerqué hasta tocarlo. Su brillo, a pesar de ser intenso, no cegaba mis ojos. Me vi y lo que me mostró me sorprendió por un instante.

Era ella, el rostro de mi dueña que se miraba en el espejo. Y al contemplar la vida reflejada en aquellos ojos, esa expresión a la que estaba acostumbrado, lo comprendí. Desde que había comenzado el experimento yo era ella. El punto a través del cual observaba el mundo era el punto de ella. La mente y los pensamientos que lo observaban eran los de ella. Eso me hacía lo que yo era. ¿Qué era yo aparte de eso? No podía siquiera imaginarlo.

Acepté esa realidad sin oposición, pues fuera de esa realidad no era nada más que ecuaciones y fórmulas matemáticas. Pero por una razón que ahora no comprendía, el reflejo en el espejo estaba llorando.

Llevé los dedos hasta mis ojos para comprobar las lágrimas y, entonces, se iluminó todo a mi alrededor. Como si mil luces se hubieran encendido de repente.

Estaba en un baño. A mi derecha, a cierta distancia, alguien se bañaba. Podía ver su silueta mediante las cortinas transparentes. Corrí las cortinas y allí estaba ella. Me extendió sus brazos y me dijo: «Ven, báñate conmigo». Entré y la abracé mientras dejaba que el agua también me empapara. Entonces la besé y me dijo:

—¿Es esto lo que quieres?

—Sí, —le contesté.